



La liberación de la obediencia¹

Fr. Javier Carballo, O.P.

La virtud de la obediencia nos dispone para la comprensión y aceptación viva del misterio de Jesucristo, que nos salvó a través de la obediencia, y *“se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen”* (Heb. 5, 9). Como dice San Pablo: *“En efecto, así como por la desobediencia de un hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos”* (Rm. 5, 19). Renacer en Jesucristo esta próxima Navidad nos invita a preparar un corazón obediente.

No es raro escuchar que el voto de obediencia es en nuestros días el voto más difícilmente asumible y comprensible. Además, hay quien afirma que el principal problema de la vida religiosa es un problema de obediencia, e incluso que toda revitalización de nuestra vida y misión debe pasar necesariamente por una recuperación del sentido profundo de este voto. Es decir, que nuestro principal déficit y desafío están en la cuestión de la obediencia. ¡Soy consciente de que los menos adecuados para hablar de obediencia son los superiores! Con esta carta, me gustaría invitar a reflexionar y dialogar sobre el sentido del voto de obediencia, y así animarnos a vivir su centralidad en nuestra vida dominicana, mostrando que su práctica nos ayuda a descubrir y saborear su misterioso valor como liberación. Ni que decir tiene que una obediencia auténtica es fundamental para todo proceso de revitalización y renovación, que es, al fin y al cabo, el objetivo último de nuestros planes de reestructuración y animación de *“presencias significativas”*.

El voto de obediencia es el único que pronunciamos en la fórmula de profesión de nuestra Orden. ¡Esto no quiere decir que no hagamos los votos de pobreza y castidad! El voto de obediencia supone asumir los demás consejos evangélicos, incluidos en la obediencia del discípulo a lo que Jesús le propone. De este modo, se nos ha repetido muchas veces, siguiendo la doctrina de Santo Tomás de Aquino, que el voto de obediencia es el más importante de los tres. Algunos elementos peculiares de la profesión dominicana reflejan el sentido e importancia de la obediencia en la Orden. Por ejemplo, hasta tiempos recientes la celebración de la profesión no se hacía en la iglesia, sino en la sala capitular, que es el lugar de reunión, encuentro y diálogo de la comunidad. Ni se hacía sobre el altar y de pie, sino de rodillas ante el superior, que la recibe en nombre del Maestro de la Orden. Y todavía seguimos haciéndolo con la *“unión de las manos”*, en la que se expresa la entrega del que profesa a la Orden y la acogida de la Orden a quien profesa; reflejando, sobre todo, que se trata de un acto de mutua confianza. Porque la obediencia, bien entendida, sólo se puede dar donde hay confianza.

Al terminar la celebración de mi profesión solemne, una persona se acercó a los recién profesos y nos espetó sin pudor: *“¡Qué horror de fórmula de profesión tenéis. A ver cuándo la adaptáis a estos tiempos!”*. Ciertamente conservamos una vieja fórmula de profesión, que suena antigua, y por ello mismo nos hace sentirnos parte de una misma comunidad y tradición de predicadores desde el siglo XIII, y que en su peculiaridad refleja la centralidad de la obediencia para la misión de la predicación. Una profesión de obediencia a Dios y a la bienaventurada Virgen María, a Santo Domingo, y *“prometida directamente al Maestro de la Orden, en cuanto principio de la unidad de la Orden y de su misión”* (Ritual Profesiones O.P., nº 7).

Pero hay que reconocer que la obediencia no suena bien a los oídos modernos ni a los posmodernos. Pudiera parecer que uno tiene que renunciar a su propia capacidad de decisión y autonomía o a su libertad individual. Ciertamente, el voto de obediencia no lo tiene fácil en nuestro contexto cultural para hacer valer su sentido como búsqueda de liberación interior y profunda de la persona que se convierte en discípulo de Jesucristo. Aunque nuestras sociedades se han ido haciendo, en algunos aspectos, más interdependientes y cooperantes, e incluso resaltando el valor de la lealtad al grupo o al clan, en otros aspectos nos ha invadido un apabullante individualismo existencial.

Obediencia: aprender a confiar, aprender a entregarse

Los dominicos nos entregamos a la predicación a través de un voto de obediencia. Pero la obediencia dominicana es mucho más significativa y atractiva que la simpleza de hacer lo que otro me manda. La obediencia religiosa brota de una relación de confianza, por lo que se parece más a las relaciones comprometidas entre personas. La obediencia equivale a un *“voto de confianza”*. Sabemos bien que las relaciones de confianza fundan no pocas *“obediencias”*. La obediencia sólo se puede profesar y practicar si se

construye sobre la roca de la confianza. Curiosamente es, a la vez, nuestro camino para aprender a confiar. El voto de obediencia pretende enseñarnos a confiar en la voluntad de Dios y a confiar en que esa voluntad no nos es completamente inaccesible, sino que podemos vislumbrarla en su Palabra y su Espíritu, aunque siempre dentro del claroscuro de la fe y el misterio del silencio de Dios.

La voluntad de Dios es una voluntad encarnada en Jesucristo y prolongada por su Espíritu, por lo que en nuestra vida podemos vislumbrar y discernir su llamada y su voluntad, podemos tener un cierto acceso al conocimiento del camino que a cada uno se nos abre hacia Él. Pero sin que podamos disponer de ello a nuestro antojo. La primacía la tiene su llamada y la iniciativa de su voluntad. De ahí la importancia de las mediaciones que encarnan la obediencia, y del lugar que en ella ocupan la comunidad y el superior como garante de su unidad. La espiritualidad dominicana, que tiene en su centro el principio de encarnación, le otorga al voto de obediencia una primacía en nuestra profesión. Su objetivo es enseñarnos a confiar para entregarnos más plena y auténticamente a la predicación.

Lo primero siempre es aprender, compartir una sabiduría, una forma de vida o estilo, y una visión común. Como escribió Herbert McCabe, *“en la tradición dominicana la obediencia no es entregar la propia mente a la voluntad de otro, sino abrir la mente para aprender de la Orden”*. Es un gesto de confianza mutua que va creciendo a medida que avanza el proceso de aprendizaje, y que madura cuando se resuelven las inevitables crisis de desconfianza. Al profesar obediencia expresamos la voluntad de aprender con disponibilidad. Es el sentido de lo que dicen nuestras Constituciones cuando señalan que los formandos son *“los primeros responsables de su propia formación, cooperando libremente con la gracia de la vocación divina”* (LCO 156), porque lo primero es la disponibilidad libre a dejarse formar y abrazar de corazón un proceso de aprendizaje. Podría comprenderse la obediencia como un *“voto de aprendizaje”*. También para Jesús la obediencia fue un aprendizaje, pues, como nos dice la Carta a los Hebreos, *“Cristo aprendió, sufriendo, a obedecer”* (Heb. 5, 8). Es el aprendizaje que también debe reproducir todo buen discípulo. Es, a su vez, el aprendizaje que nos guía en el proceso de humanización, porque una obediencia de la buena nos humaniza, al hacernos más disponibles, abiertos y serviciales para Dios y para los demás.

La obediencia como aprendizaje a confiar en la voluntad de Dios está estrechamente vinculada a la oración, que es *“escuela”* para aprender a confiar. La obediencia religiosa sólo puede crecer y arraigarse en nosotros si viene acompañada por la vida de oración, cuya finalidad no es poner ante nuestros ojos con toda evidencia lo que tenemos que hacer, sino enseñarnos a confiar. El poder de la oración no está en conseguir lo que queremos, sino en hacernos más disponibles para el Reino y más confiados en su Dios.

La obediencia es la respuesta a la llamada al seguimiento radical de Jesucristo, entregándole la vida, y la identificación con Aquel que *“se hizo obediente hasta la muerte”* (Flp. 2, 8). Obedecer es aprender a entregarse. Y, por tanto, es aprender a vivir en la dinámica de la donación que es el amor. Dice Santo Tomás que *“Cristo por obediencia cumplió los preceptos de caridad; y por caridad obedeció al Padre que lo mandaba”*. Es decir, que la caridad no sólo es el fin de la profesión sino también lo que la motiva. El amor no sólo está al final del proceso como su logro, sino que es origen y motor que nos lleva al seguimiento de Jesucristo. Quien promete obediencia lo hace por amor al Señor y por conformarse más a imagen del Obediente, para recibir, como Él, la misión y ser enviado. La obediencia dominicana encarna ese amor en la entrega de nuestra vida a la predicación de la Orden. El amor hace posible el voto de confianza de la obediencia como camino de aprendizaje y de entrega.

Obediencia en comunidad

Al principio de la Orden, *“Santo Domingo pedía a sus frailes que le prometiesen comunidad y obediencia”*, como recoge LCO 17, I. Ambas iban de la mano pues la obediencia aparece como el principio de unidad, sin el que no puede haber verdadera comunidad. El voto de obediencia se parece a un voto de solidaridad comunitaria o a un voto de unidad. La vida dominicana es la solidaridad fraterna en la tarea de predicar el Evangelio. Unidad fraternal y misión definen nuestro modo de seguir a Jesucristo en la Iglesia. La obediencia no es un mero instrumento para mantener la cohesión de un grupo, sino el camino para construir la unidad fraternal, para ponerse a la búsqueda y al servicio del bien común y para mantenerse en la entrega a la misión común que nos une. Por la obediencia se consuma la unión de la comunidad.

Como se nos ha recordado numerosas veces, la palabra *“obedire”* viene de *“ob-audire”* que significa escuchar. El inicio de nuestra obediencia está cuando dejamos que Dios nos hable, que su Palabra ocupe un lugar en nuestra vida, y cuando permitimos que nuestros hermanos nos hablen y les escuchamos. Crecemos como seres humanos cuando estamos atentos a los hermanos, cuya palabra nos ayuda a superarnos a nosotros mismos. Necesitamos el contraste de la fraternidad comunitaria para mejorar y la motivación de la

obediencia para superarnos y para poner por obra lo que uno valora y a lo que uno quiere ser fiel. Para ello se requiere de nosotros la obediencia de la verdadera atención y absoluta receptividad.

Esta forma de escuchar exige el uso de nuestra inteligencia. Para Santo Tomás el acto de mandar u ordenar no es un acto de voluntad sino de inteligencia. Por consiguiente, el acto de obediencia debe ser razonable (¡las órdenes contra la razón o contra la fe sólo cabe desobedecerlas!), y la inteligencia es el medio para acercarnos a los otros. Abre nuestros oídos para escuchar. Discutimos no para ganar sino para aprender unos de otros. La verdad, que nadie puede alcanzar por sí solo, nos la muestra la obediencia del diálogo y la escucha. Ante todo, la obediencia es un proceso educativo para buscar el bien común y ponerse a su servicio. Es el aprendizaje del arte de ser comunidad de diálogo para los diálogos de predicación.

La obediencia no puede ser el último recurso que se tiene para pedir a alguien que haga algo que no quisiera hacer por otras razones. A veces parece que cuando a uno ya se le han agotado las razones o motivos para hacer algo, se invoca el cumplirlo *“por obediencia”*. La obediencia no puede ser lo último sino lo primero. No puede ser la fuerza para hacer algo cuando no hay razones que convenzan, sino que es llegar a compartir un sentir común y un pensar común. Por tanto, forma parte de ella el diálogo y la deliberación comunitaria. Es la obediencia la que nos debe llevar al esfuerzo de la inteligencia común por buscar el bien comunitario y la acción adecuada. Es la fuerza motora para alcanzar la unanimidad, objetivo último de la vida común fraterna. El voto de obediencia exige de cada uno el esfuerzo perseverante de aprender a dialogar en comunidad. Éste no es una mera estrategia para facilitar las cosas y evitar problemas. Es el modo de darse la obediencia, porque es el modo de darse la salvación. También el modo de darse la Iglesia, que *“se hace coloquio”* (*Ecclesiam Suam*, 27). El diálogo no es sólo método, debe ser actitud o disposición interior para escuchar, aprender y descubrir la presencia de Dios y los signos del Reino.

La obediencia en la Orden, como nos recuerda Timothy Radcliffe, camina entre dos principios: *“la donación completa de la vida a la Orden y la búsqueda comunitaria del bien común”*. La obediencia pide tanto esa actitud completa de entrega confiada como el compromiso de construir activamente la comunidad con los hermanos. Se juntan la actitud de entrega incondicional y el compromiso de participación, algo propio del estilo democrático, para servicio del bien común.

Los temblores de la historia no han resquebrajado la unidad de nuestra Orden, porque está edificada sobre la roca de una obediencia fraternal atractiva y significativa incluso para nuestros tiempos. La obediencia es principio de unidad de la Orden. Sirve, por tanto, a su solidez y da más fortaleza a la comunidad. *“Una comunidad para permanecer fiel a su espíritu y a su misión, necesita el principio de unidad que se obtiene por la obediencia”* (LCO 17, I). Por consiguiente, la obediencia nos proporciona una verdadera unidad al servicio del bien común, y permite que la comunidad se construya sobre *“tierra firme”*.

La obediencia como liberación

La obediencia es un voto de liberación cristiana. El modelo de nuestra obediencia es Jesucristo. Es decir, el modelo de nuestra obediencia es la libertad de Jesucristo. Por ello, es necesario permanecer unidos a Él, y así aprender a vivir en libertad y en obediencia liberadora. La libertad de los hijos de Dios es la que coincide con la realización de la propia vocación. Somos más libres cuanto más coincidimos con nosotros mismos, cuanto más nos acercamos a lo que estamos llamados a ser. La libertad es la responsabilidad con nuestra vocación, una vocación de entrega de uno mismo a la misión de la predicación. Por ello, la obediencia exige que cada uno asuma la responsabilidad que le compete. El primer paso de la obediencia no es hacer lo que el superior me manda, sino asumir la propia responsabilidad. La obediencia es la disponibilidad a encarnar esta responsabilidad y entrega en todo momento, sobre todo en los momentos de dificultad y sufrimiento. En esta obediencia está la libertad de quien entrega su vida a la causa del evangelio, la libertad de los hijos de Dios.

Es impresionante el testimonio de Dietrich Bonhoeffer: *“¿Quién se mantiene firme? Sólo aquél para quien la norma suprema no es su razón, sus principios, su conciencia, su libertad o su virtud, sino que es capaz de sacrificarlo todo, cuando se siente llamado en la fe y en la sola unión con Dios a la acción obediente y responsable; el responsable, cuya vida no desea ser sino una respuesta a la pregunta y a la llamada de Dios... En la subordinación de todos los deseos y pensamientos personales a la misión que nos habían encomendado vimos el sentido y la grandeza de nuestra vida”*. Es decir, la obediencia engendra la liberación interna de la persona para una vida responsable ante Dios. Se trata de dar a la voluntad de Dios y a la misión a la que nos envía el primado de nuestra acción y existencia. Algo que no se consigue de la noche a la mañana, sino que supone un proceso de aprendizaje y entrenamiento que nos va liberando para el Reino de Dios.

Un párrafo de las Constituciones de la Orden (LCO 19, III), citando a Santo Tomás, se hace eco de este sentido liberador de la obediencia: *“La obediencia, mediante la cual ‘nos superamos a nosotros mismos en el*

corazón' es muy útil para conseguir aquella libertad que es propia de los hijos de Dios, y nos dispone para una entrega de nosotros mismos en el amor". La obediencia encierra un elemento de superación que nos ayuda a salir de nosotros mismos, a no vivir teniéndonos a nosotros mismos como el centro o la auto-referencia última y definitiva. Es un verdadero ejercicio de entrenamiento para poder encontrarnos con el prójimo y con el Dios que es *"el centro del alma"*. Eso sí, superar la constante auto-referencia y auto-centramiento es un proceso de lucha y aprendizaje. Es un proceso de liberación interior.

Por eso no basta con el cumplimiento de la obediencia externa. Hay que hacer el esfuerzo personal de llegar *"a un mismo sentir y pensar"*, alcanzar la armonía en la unanimidad comunitaria y entregarse plenamente a la misión común. La obediencia no consiste sólo en hacer lo mandado, sino en aceptar desde nuestro interior, desde la más íntima libertad interior, el primado de la voluntad común. El voto de obediencia expresa la absoluta referencia del prójimo en la propia vida, pero no como una dinámica de anulación del 'yo' individual, sino como una purificación y una disponibilidad. Purificación de las tendencias egoístas de quien sólo vive para sí mismo y disponibilidad para poder vivir en favor de los demás.

La obediencia refleja la dinámica de *"despertencia"* y desposesión que ponen en marcha los votos religiosos. Cuando entramos en la vida religiosa sabemos que ya no somos nosotros los que vamos decidiendo y marcando nuestro rumbo. Nuestro futuro no nos pertenece porque es lo que hemos querido poner en manos de Dios en la profesión. Entregar a Dios nuestro futuro de una manera tan radical, tiene como consecuencia la disponibilidad a lo que los hermanos nos pidan y a ser enviados a donde la misión de la Orden nos necesite. Uno de los primeros frutos de la liberación de la obediencia es una mayor disponibilidad.

Aunque la obediencia liberadora es central y fundamental en la vida dominicana, parece claro que Santo Domingo introdujo un elemento *"relativizador"* de la obediencia (y de la desobediencia) jurídica al insistir que no quería que sus hijos vivieran como esclavos bajo la ley, sino como personas libres en el régimen de la gracia. Por ello, *"nuestras leyes y las órdenes de los superiores no obligan a los frailes a culpa, sino a pena, a no ser por precepto o por desprecio"* (LCO 281). Con ello se pone de manifiesto el primado de la propia conciencia moral y religiosa. Efectivamente, la obediencia religiosa no es el mero cumplimiento externo de un mandato como un fin en sí mismo, sino que es un medio para alcanzar la libertad de los hijos e hijas de Dios, para lograr la liberación interior de la gracia.

Hay quien piensa -parafraseando a Ernst Bloch- que lo mejor de la religión es que ha producido hombres *"desobedientes"*. En ellos se vería reflejado lo más interesante y creativo del fenómeno religioso. Los verdaderos *"modelos"* son los que no se doblegan a la autoridad y los que transgreden las normas y opiniones comunes por una causa mayor. Esta *"desobediencia"* se reflejaría en algunos profetas, místicos y santos. Sin embargo, no se repara lo suficiente en que lo que a veces está detrás de un comportamiento aparentemente *"desobediente"* es una obediencia, si cabe, aún mayor y más responsable, en la que resuena la respuesta de los apóstoles: *"Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres"* (Hch. 5, 29). Lo malo sería que lo único que hubiera detrás de nuestras desobediencias fuera una *"obediencia"* a lo peor de uno mismo.

La obediencia dominicana no tiene ningún parecido a una renuncia de la propia voluntad o de la inteligencia, ni a una sumisión servil. Está vinculada al amor a la voluntad de Dios y su causa, a la entrega a la misión a la que nos envía, y a la comunidad de fraternidad y diálogo con la que nos une, y a la superación de uno mismo como punto de referencia único y definitivo, es decir, a una profunda liberación personal. La participación en la misión del Obediente *"hasta la muerte y muerte de cruz"* (Flp. 2, 8) sólo puede desempeñarla la condición obediente de una persona libre, que no renuncia a su voluntad sino que la sintoniza con la misión evangelizadora y, obedeciendo, aprende a confiar. Bien mirado, lo mejor de la vida religiosa es que ha generado una obediencia liberadora.

Para terminar, dos testimonios. En ellos se refleja el de muchos dominicos y dominicas, cuya vida en obediencia religiosa suscribe lo que afirman estos dos hermanos nuestros. El primero es de fr. Marie-Joseph Lagrange, cuando escribe: *"Gracias a la obediencia, mi vida ha sido más fecunda que si hubiera hecho libremente mi voluntad"*. El segundo es de fr. Edward Schillebeeckx: *"Para llegar a ser feliz, a veces tienes que luchar contigo mismo. Yo quería ser filósofo, pero la Orden me dijo: 'lo siento, ahora necesitamos un teólogo, no un filósofo'. Obedecí. Más tarde, me llamaron a Nimega, cuando yo prefería estar en Lovaina. Obedecí y fui a Nimega. La consecuencia de estos dos actos de obediencia religiosa se ha convertido en la felicidad y la grandeza de mi vida"*. De ambos testimonios se puede deducir que por la obediencia le viene a quien la profesa y practica la fecundidad de su vocación y la alegría de su vida. Es decir, por la obediencia nos llega la liberación.